

Dime qué vas a hacer cuando seas grande.

Gerardo González Aviña.

Sin duda, todos tenemos cierto problema con saber a qué nos vamos a dedicar para el resto de nuestras vidas.

Sabemos que estamos creciendo cuando elegimos cierta carrera al tratar de identificar un trabajo que nos llene, pero esta “pequeña” decisión conlleva una combinación tanto de miedo como de ansiedad, aunque también de introspección y paciencia.

Hablando como estudiante, a veces pienso sobre el rumbo de mi vida, casualmente los domingos en la tarde mientras leo un libro solo por cumplir una tarea, dudo sobre la felicidad que me provoca hacer lo que hago, si tardaré en encontrar un trabajo decente al titularme, o si realmente quiero dedicarme a lo que tengo pensando, pero también recuerdo que no soy el único con estos pensamientos.

En la modernidad se piensa que nuestros intereses encontrarán una forma de externarse de tal manera que otros los consideren útiles, de paso que logramos mantenernos con cierto salario; una gran ambición muy noble y respetable por la astucia que necesita. Sin embargo, recientemente ya no se busca solamente tener un gran sueldo, también queremos sentirnos felices en donde trabajemos, cómo podría ser encontrar un lugar en donde aliviemos el sufrimiento de las personas o las ayudamos a vivir mejor.

El camino para lograr este objetivo es uno lleno de crisis: uno puede sentir envidia de aquellos con quien estudia o trabaja, tenemos inconscientemente una predisposición cultural y familiar por los trabajos “buenos”, no nos animamos a cambiar de una carrera o trabajo del que ya no estamos aprendiendo por el miedo a ofender o decepcionar a nuestro círculo de amigos, pensaremos que nuestros talentos no son reales porque no nos dan dinero o porque sean solamente “hobbies”, entre otras.

Pensar sobre estos problemas no solo es poco aceptado socialmente, sino también humillante para nosotros mismos por reconocer las oportunidades que hemos perdido o las preguntas que hemos evitado hacer, pero es más empático con uno mismo permitirse admitir que no tenemos en un primer momento la maestría para pensar estas cuestiones, pues nos estamos perdiendo la mejor parte de nosotros al evitar todas las posibilidades que nos ofrece la vida adulta, ya hemos pasado mucho tiempo queriendo enorgullecer a nuestros maestros o

padres como para no saber que cada momento de duda es, potencialmente, una verdad que espera salir a la luz.

Nada de esto es extraño, son agonías de la modernidad que no merecen juzgarse como neuróticas por los demás, no son “carreritas” de a ver quién consigue esto primero, solo hay que darle tiempo a estas necesarias crisis porque el verdadero éxito no es lineal.